

Amemos a San José

Por el Venerable José Frassinetti
Ed. Balmes, Barcelona 1944

I.- ¿Quién es San José?

José es mi esposo, responde María, esposo mío, que soy la esposa del Espíritu Santo: y es un esposo cual convenía a mí, esposa del Amor Divino: por esto me amó siempre en la tierra con aquella pureza y santidad de afecto con que me aman los ángeles en el cielo.

El Padre Eterno lo ha creado para mí y lo enriqueció con una santidad que sobrepasa a la de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles. Especialmente lo distinguió con una castidad incomparable, la cual debía ser la del que había de convivir conmigo, que soy Virgen singular y Reina de las Vírgenes.

José contrajo conmigo un matrimonio no terreno sino celestial, con una intención del todo diferente de la de todos los que lo contraen, sabiendo que no había de ser para mí más que un ángel tutelar y, al mismo tiempo, testigo de aquella supercelestial virginidad de la cual yo había hecho voto en el Templo.

En una palabra, él es mi esposo, y merece serlo por su altísima santidad y perfección, obrada en él por la gracia omnipotente de aquel Dios que hizo por mí cosas grandes.

II.- ¿Quién es San José?

San José, responde Jesús, no es mi padre, porque Yo no podía tener un padre terreno. El Emmanuel, *Dios con vosotros*, había de ser fruto de la Virgen más perfecta. José no es, pues, mi padre: no obstante, fue elegido entre todos los hombres para hacer conmigo las veces de padre. Él me guardó, me educó con gran solicitud y esmero, y, con la fatiga de sus brazos, proveyó al sustento de mi vida divina. El hizo el papel de padre, y Yo le reconocía, le respetaba y le obedecía como a mi padre.

Yo lo colmé de grandes gracias, correspondientes a la alteza de su dignidad; grandes gracias, no sólo cual convenían al esposo de mi Virgen Madre, sino también como mi padre adoptivo, que soy el Hijo unigénito del Eterno Padre.

Conmigo y con María, gozó en la tierra de una vida del cielo, vida de cielo por su singular inocencia y santidad; vida de cielo por el goce que le causaba nuestra conversación. Fue el más feliz de todos los santos, aunque no estuvo exento de grandes tribulaciones, porque no convenía que le dejase privado de la belleza del dolor sufrido por Mí, del cual yo he querido enriquecer a todos mis santos, y, más que a todos, a su Reina y Madre mía, porque es la más digna de él.

III.- ¿Quién es San José?

San José, responden las almas piadosas, es nuestro santo más amado, y muchas de ellas dicen con Santa Teresa: "Es cosa que maravilla las grandes mercedes que Dios me ha hecho por medio de este bendito santo, y de cuantos peligros de alma y de cuerpo me ha librado. Parece que el Señor ha concedido a los demás santos la gracia de socorrer en una necesidad particular, pero tengo experiencia de que este glorioso santo socorre en todo: y quiere el Señor darnos a entender que, así como en la tierra le fue obediente, así ahora, en

el cielo, hace todo lo que le pide. Quisiera persuadir a todos que fuesen devotos de este santo glorioso, por la gran experiencia que tengo de los bienes que obtiene de Dios. No he conocido a ninguna persona que le haya sido devota y que le haya hecho particulares obsequios, que yo no la haya visto siempre más aprovechada en la virtud, porque este santo ayuda mucho a las almas que a él se encomiendan. Sólo pido, por amor a Dios, que el que no lo crea que lo pruebe" (*Vida*, cap. VI)

Sí, es un hecho que San José es el santo más amado por las almas piadosas. Después de los nombres de Jesús y de María, no hay ningún nombre que sea tan dulce a sus labios, ni que conforte tanto su corazón y en el cual pongan tanta confianza. El poder confiar en ser devotos de San José mucho les alegra; la esperanza de estar bajo su patrocinio las tranquiliza. Encomiendan todas las cosas a San José; a él se confían en todos los acontecimientos de la vida, y, especialmente, en la hora de la muerte. ¡Ah! El esposo purísimo de María, el padre adoptivo de Jesús, el santo más amado de las almas piadosas ¿no merecerá el amor, y un amor grande de nuestro corazón?

Amemos pues, Amemos a San José.

IV.- Si amamos a San José, honremos a María

¿Quién podrá expresar, ni siquiera imaginar, la estima y la veneración que tenía San José a su purísima esposa? Mas ¿por que digo *tenía*? ¿Quién podrá expresar ni siquiera imaginar la estimación y la veneración que siente por Ella, al verla constituida Reina del cielo?

¡Ah! María (de la cual decía San Pedro Damiano que, después de Dios, es la suprema gloria del Paraíso, *summa gloria est post Deum te videre*), ¿qué debe parecer a los ojos de San José? Según enseña el Sumo Pontífice Pío IX en la Bula del 8 de diciembre de 1854: "Amó Dios tanto a María que, sobre todo otro ser creado, en ella sólo, con profundísimo afecto, se complació. De donde la enriqueció tan maravillosamente, sobre todos los espíritus angélicos y sobre todos los santos, con una tal abundancia de celestiales gracias sacadas del tesoro de la Divinidad, que ella, siempre inmune de toda mácula de culpa, y toda bella y perfecta, tuvo una plenitud de inocencia y de santidad, que mayor, después de Dios, no puede comprenderse, y nadie exceptuando Dios, puede alcanzarla con el pensamiento" De donde se sigue que Dios omnipotente hizo tan grande a María que nadie hay después de Dios, que la aventaje, ni siquiera la iguale, y nadie hay, fuera de Dios, que comprenda toda su santidad.

Ahora bien, puesto que los santos, en el cielo, cuanto más encumbrados están en la gloria, tanto mejor contemplan la grandeza de Dios, absolutamente incomprensible por naturaleza, mejor aún contemplan la grandeza de María, relativamente incomprensible por gracia. Por esto, cuanto más altos están los santos en la gloria, tanto más perfecto es el conocimiento que tiene la santidad de María. Y, siendo esto así, ¿qué conocimiento no tendrá de ella su esposo San José?

Y, como quiera que al conocimiento que se ha adquirido de la excelencia de una persona, corresponde la estima y la veneración en que se la tiene ¿Qué estima y veneración de María debe tener San José? Teniéndola en tanta veneración y estima, ha de desear que todas las criaturas la tengan en la mayor estima y veneración y que cada una la honre cuanto le sea posible, ya que ninguna criatura puede honrarla según sus méritos. Por otra parte quiere la fe, y quiere la misma recta razón, que principalmente se honre a aquel a quien Dios ha honrado sobre todas las cosas. Tal es precisamente María, la cual, entre todas las puras criaturas, tiene los supremos honores en el cielo.

Por lo cual, sin duda alguna, debe querer San José que honremos a María y que la honremos sobre toda criatura.

Ahora bien, se honra a María alabando sus privilegios, imitando sus virtudes, invocando su patrocinio, esperando por su mediación la obtención de todas las gracias y difundiendo su devoción. Honremos de esta manera y lo mejor que podamos a María, y así daremos una buena prueba de que AMAMOS A SAN JOSE.

V.- Si amamos a San José, amemos a Jesús.

El verdadero amador quiere complacer a la persona amada; donde falta este deseo, no puede haber verdadero amor. Ahora bien, no cabe duda de que sería imposible complacer a San José si no amásemos a Jesús. Este es el único deseo de los santos, ver amado a Jesús; único deseo, que incluye el doble bien de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. En efecto, Dios no puede ser glorificado por las criaturas inteligentes sino con el amor; y la salvación, y más aún la vida de las almas, está tan sólo en el amor de Dios. Si estuviésemos postrados con el rostro en tierra día y noche, adorando a su Divina Majestad, y no cesásemos de cantar sus alabanzas, anunciar su gloria y ensalzar su poder y su bondad, pero, a la vez, tuviésemos nuestro corazón privado del amor de Dios, no le daríamos verdadera gloria; Él nos miraría como enemigos suyos y rebeldes, y más bien deberíamos llamarnos hipócritas que devotos; no seríamos hijos de Dios, sino hijos de Satanás; nuestra herencia no sería el cielo, sino el infierno, donde estaríamos condenados a una muerte eterna.

El único deseo de los santos es necesariamente el único deseo de San José, tanto mayor y más vivo, cuanto que en él más excelsa y perfecta la santidad. Luego, si amando de verdad a San José, queremos darle gusto, amemos a Jesús. Y siempre le daremos mayor gusto, si, representándonos a Jesús niño y haciendo cuenta que le vemos tal como mil veces estuvo en sus brazos, le hacemos actos de amor durante esta devota contemplación. Amemos a Jesús, amémoslo imaginando al Niño en brazos de San José: de esta manera daremos a nuestro santo gran contento y una prueba de verdadero amor.

Por otra parte, este amor no ha de consistir tan solo en el afecto interior, sino que se ha de manifestar en las obras, es decir, ha de ser activo, cual conviene al verdadero amor, y como lo era el de San José cuando guardaba a Jesús. ¡Ah, qué cuidado tenía en que Jesús, en cuanto se le permitía su pobreza, tuviese un buen alojamiento, buena comida, buen vestido y en que nada le causase daño o molestia! Para que sea activo nuestro amor a Jesús, preparémosle buena morada en nuestro corazón cuando le recibimos en el Santísimo Sacramento: un corazón purificado de toda suciedad, un corazón ardiente en su santo amor, un corazón ancho por la gran confianza en su bondad.

Y, puesto que Jesús, sentado a la diestra de Dios Padre entre los resplandores de los santos, está revestido de soberana gloria inmortal, a la cual nos es imposible llegar, procuremos buenas vestiduras a nuestra alma, para cuando debamos sentarnos en el sagrado Convite, que de Sí mismo nos da en la Sagrada Eucaristía, y para cuando tengamos de ser introducidos en su presencia, en el festín eterno de sus elegidos. Estas vestiduras son los hábitos de las virtudes cristianas, de los cuales nuestras almas han de estar revestidas y adornadas, cual conviene a los hijos de Dios y cual convendrá a sus esposas, para tener entrada en la cámara real. Procurémosnos los hábitos de una fe viva, de una esperanza firme, de una humildad profunda, de una paciencia invicta, de una castidad inmaculada, y, de un modo especial, de una caridad ardiente, a la cual todas las virtudes dichas, y otras muchas, hacen inseparable cortejo: estas son las hermosas y las dignas vestiduras de las hijas y de las esposas de Dios.

Procuremos, además, en cuanto dependa de nosotros, impedir que alguien disguste u ofenda a Dios, impidiendo en cuanto sea posible, el pecado en los otros y trabajando para su santificación. De esta manera, no sólo impediremos que los demás disgusten a Jesús, sino también cooperaremos eficazmente a que le den gusto y contento; por lo cual nuestro amor será activo, como debe serlo el verdadero amor y como lo quiere San José, y, amando de esta manera a Jesús. AMAREMOS A SAN JOSE.

VI.- Si amamos a San José, acerquémonos con frecuencia a la Sagrada Comunión.

Dice San Bernardo que, a semejanza de José, hijo del Patriarca Jacob, por cuya solicitud no faltó a los egipcios el pan material. San José recibió del Padre Celestial el

encargo de guardar y conservar el pan vivo, para que fuese, más tarde, el alimento espiritual de todos los fieles. (*Hom. II sup. Missus est.*)

Sí, Jesús, pan vivo descendido del cielo, fue confiado desde su infancia a San José, para que haciendo con él las veces de padre, fuese sustentado, creciese, fuese conservado y conducido hasta la edad perfecta; aquel Jesús, pan vivo, que desciende del cielo para hacerse nuestra vida y nuestro alimento.

Y, así como aquel antiguo José gozaba al ver como los hambrientos egipcios se hartaban de aquel pan, que él les había procurado y reservado, de la misma manera se alegra San José, cuando ve que corremos hambrientos y nos saciamos de aquel pan vivo sobre substancial y celestial que fue suyo durante tantos años, confiado a él por el Eterno Padre. ¡Oh, cómo se alegra San José cuando ve que sus devotos corren con frecuencia y aun diariamente, a la mesa del Convite Eucarístico! Las iglesias en las cuales es frecuentada la Sagrada Comunión, son para San José los más deliciosos recintos, en los cuales más se agrada de tener una imagen, recibir los actos de veneración de sus devotos y repartir sus gracias. Y a estas iglesias acuden con preferencia sus devotos, porque en ellas se sienten mejor espiritualmente que en las demás: porque en ellas oyen más a gusto la Misa; más a gusto escuchan la palabra de Dios; más a gusto adoran a Jesús Sacramentado; allí respiran un aire de sagrado fervor, bajo la influencia de los mejores amantes de Jesús, cuales son los que se afanan en alimentarse todos los días en el gran convite de su amor. Y, ciertamente del fervor nace el amor y del amor nace el amor y la santa emulación y la competencia en la edificación. De todo esto se alegra San José, porque ve que, acudiendo sus devotos a estas Iglesias, no se enfriarán, sino que siempre frecuentarán más y más la Sagrada Eucaristía.

En primer lugar, se alegra porque conoce que de esta manera dan contento y gusto a Jesús; y también se alegra porque conoce que estos reciben de ello el mayor bien, cual es el continuado aumento en el amor de Dios y en todas las virtudes, que acompañan necesariamente este amor divino, y, señaladamente, en aquella virtud que es fruto especial de la Sagrada Comunión y que tanto agrada a San José, virtud de la cual vamos a hacer ahora especial mención.

Luego, si amamos a San José, acerquémonos a la Sagrada Comunión con la mayor frecuencia que nos sea permitida, se entiende, por el director espiritual: éste, si vivimos con mucha pureza de conciencia, nos lo permitirá generosamente¹.

¹

VII. - Si amamos a San José amemos la castidad.

¡La castidad! Esta es aquella virtud que tanto agrada a San José, producida de una manera especial y conservada en las almas por la Sagrada Eucaristía. Por lo tanto, quién ama a San José ha de amar mucho la castidad, y cada uno ha de guardarla según su estado, con gran cautela, por lo que aun los que viven en matrimonio pueden dar pruebas de amor a San José, mostrándose amantes de la castidad, según su estado lo requiere. Pero el virginal San José, el esposo de la Reina de las Vírgenes, sobre todo y con amor inefable ama la castidad virginal: por esto, los que guardan perfecta y perpetua castidad, tienen derecho a ser especialmente amados de San José, y son los que le dan singularísimas señales de amor, conservando en sí mismos aquella pureza angélica que a él inefablemente agrada. Por lo tanto, si nosotros guardamos esta castidad, tendremos derecho a ser contados entre los principales amantes de San José y seremos necesariamente sus predilectos en el amor.

Los que conocen las prerrogativas excelsas de esta virtud, que es la más bella y la más admirable de las virtudes cristianas, aquellas que, al decir de Jesucristo, hace a los hijos y las hijas de Adán, semejantes a los hijos de Dios, a los ángeles del cielo (*erunt sicut angeli Dei*), serán muy dichosos si, llegando a tiempo, conservan este tesoro y, si quieren

¹ Sobre este punto hay que tener en cuenta que el autor escribía antes del decreto *Sacra Tridentina Sinodus* acerca de la Comunión frecuente y diaria al cual remitimos el lector. (*N. del T.*)

conservarlo por amor a San José, pueden tener la seguridad de que este gran santo se creará obligado a ellos de un modo particular, y de que, por su medio, alcanzarán singulares gracias. ¡Ah, que no se dejen fascinar por la más seductora de las pasiones! ¡Ah, que no se dejen engañar por los prejuicios (ison tantos!) del mundo, el cual, mientras por una parte se ve obligado a admirar una virtud que es la más clara y la más espléndida, por otra parte le hace constantemente guerra, y quisiera al menos, presentarla como una virtud tan difícil que nadie pudiese aspirar a la gloria de conservarla!.

Tú que lees esto y que sientes en tu corazón la santa inspiración de conservar en ti tan bella virtud, por amor a San José no quieras hacer ningún caso de los prejuicios del mundo. La hermosa virtud de la castidad puedes conservarla fácilmente, mientras quieras. Guárdate de toda ocasión peligrosa y frecuente mucho la Sagrada Comunión, y no temas: tendrás gracia más que suficiente para guardarla; te lo aseguran todos los Padres y Doctores de la Iglesia (Vid. A. Lápide. *In Matth.*, XIX,11.). Pruébalo y lo verás. Después de esto, por amor a San José, haz algo más: conviértete en apóstol de esta virtud, procurando darla a conocer y haciendo que los demás la amen.

¡Ah, la hermosa virtud, la más hermosa entre todas las virtudes, que al decir de Santa María Magdalena de Pazzis, *es el Paraíso en la tierra, donde arraiga toda perfección de virtud, que en este mundo se pueda tener...porque es el instrumento más apto para conquistarla!*.

¡Para cuántas almas esta virtud, la más hermosa entre todas, es casi desconocida, porque poco o casi nada se habla de ella! Los que la conocen, los que la aman, la dan a conocer y la hacen amar. No tema nadie que no sea apta para todos los que quieren abrazarla; no padecía este temor San Pablo, cuando exhortaba a todos los fieles a que llevasen vida de continencia. (I Cor. VII,7)

¡Oh San José, ayudadnos para alcanzar este fin! Ahora, por la divina gracia, va creciendo el número de los que conocen las prerrogativas de esta virtud, son firmes en conservarla y se esfuerzan en darla a conocer y en hacer que la abracen los demás. Este número aumenta considerablemente entre las doncellas cristianas. San José, bendecid el propósito, bendecid el celo de estas almas tan amadas por ti. ¡Oh San José, cuanto os alegrasteis en el Paraíso, cuando visteis que vuestra esposa María, al subir al cielo, dejaba en la tierra las semillas de los lirios que habían de florecer, alimentados por sus ejemplos, bajo el rocío de sus gracias! Habían de florecer en la tierra, para ser después trasplantados al cielo, y enriquecer allí, con su belleza y fragancia, el jardín por donde se pasea el Cordero que justamente se apacienta de lirios.

Vuestra esposa María es la jardinera de los lirios esparcidos acá y allá por esta tierra y vigila desde el cielo para que se conserven siempre puros, dignos de aquel feliz trasplanteamiento. Vuestra esposa María ha trasplantado tantos al cielo, que no se puede contar su número. El lirio de ella sobresale entre todos por su incomparable encanto, como el rey de los lirios; el vuestro que está cerca del suyo, es el segundo en recibir honor San José, ayudadnos: veis cuantas son las corrupciones del mundo; quisierais que aumentaran tanto los lirios en la tierra, que su perfume no dejase sentir el mal olor de aquellas. Quisierais que, al llegar la hora, trasplantados todos al cielo, dilatasen inmensamente el jardín del Cordero.

VIII.- Amando a San José nos aseguramos de una buena muerte

¿Qué quiere de nosotros San José? Quiere que nos salvemos, porque nos quiere consigo en el Paraíso. Es cierto que, en substancia, San José no quiere otra cosa de nosotros. En efecto ¿qué cosa puede querer de nosotros San José que la consecución de nuestro último fin? Si conseguimos este fin, el cual no es otro que nuestra eterna salvación, el Señor estará completamente satisfecho. Y, si el Señor está satisfecho ¿no estará contento San José? Es indudable que no puede querer sino lo que quiere el Señor. Luego, si queremos contentar a San José, es menester que aseguremos nuestra eterna salvación, lo cual equivale a asegurarnos una buena muerte.

¿Y qué medio tenemos nosotros para asegurarnos una buena muerte? Este medio es una buena vida, porque cual la vida, tal la muerte: *qualis vita finis ita*. ¿Y cuál será la vida que pueda llamarse *buena*? Una vida constantemente llevada en gracia que nos hace ser amigos de Dios y, por lo mismo necesariamente herederos del cielo. Y, puesto que esta gracia se pierde por cualquier pecado mortal que se cometa, síguese que, si queremos vivir constantemente en esta gracia, debemos constantemente guardarnos del pecado mortal, de suerte que no lo cometamos nunca, absolutamente nunca. De lo contrario, si cometemos alguno, probablemente seremos sorprendidos por la muerte en aquel estado, y nuestro último fin se perderá, y seremos por toda la eternidad enemigos de Dios, y también enemigos de San José, y, en lugar de gozar de su compañía en el cielo, padeceremos la compañía de Satanás en el infierno.

Digo: *probablemente seremos sorprendidos por la muerte en aquel estado*, porque el Espíritu Santo por boca de San Pablo, nos advierte que el pecado es el estímulo y la espuela de la muerte, es decir lo que la atiza contra nosotros, de manera que, si la muerte nos acomete como un caballo furioso, cuando estamos en pecado nos acomete como un caballo espoleado.

Por lo cual, procuremos ante todo vivir siempre en gracia de Dios; guardémonos muy bien de tener jamás el atrevimiento de cometer un solo pecado mortal, porque, una vez cometido el pecado, la muerte, estimulada y espoleada por el mismo, podría sorprendernos y precipitarnos en la eterna condenación.

Y, si queremos asegurar el no caer nunca en pecado mortal, guardémonos con gran cautela de no caer en el pecado venial plenamente deliberado, pues enseña la sana teología y lo demuestra una constante experiencia que las almas que no hacen caso del pecado venial son las más predispuestas a caer en pecado mortal; y, al contrario, nos enseña, que las almas que cautamente se guardan del pecado venial plenamente deliberado, tienen la mayor seguridad de no caer nunca en el mortal.

Llevando buena vida, estaremos seguros de una buena muerte. Hay que observar que algunas veces, por la misericordia de Dios, ha acontecido que alguno ha tenido una buena muerte después de haber llevado una mala vida, como le acaeció al Buen Ladrón: pero aun es más de advertir que nunca ha sucedido que haya tenido una mala muerte el que ha llevado una buena vida. Por amor, pues, a San José, del cual se puede decir que no quiere de nosotros otra cosa, aseguremos, por medio de una buena vida, de tener una buena muerte.

Pero San José, que nos ama tanto, siempre estará más contento si procuramos hacer, no sólo una buena muerte, sino también la mejor muerte que pueda tener el cristiano, es decir la muerte confortada por los santos Sacramentos, recibidos a tiempo. Es menester que pongamos especial atención en este punto, para que no nos ocurra lo que generalmente suele ocurrir aun a tantos buenos cristianos, los cuales, obcecados por el amor a la vida, fácilmente mueren sin pensar en que han de morir; y así no piensan en hacerse administrar a su debido tiempo los santos Sacramentos, y, de esta manera, mueren privado de ellos, o bien los reciben cuando ya no están en sus cabales, por lo que no sacan de ellos el fruto que, de otra manera, sacarían.

Mientras vivamos y estamos bien de salud, pensemos que, durante nuestra última enfermedad, nos sucederá lo que vemos que sucede a otros, es decir, nos haremos la ilusión de que la muerte no está cerca y de que nos curaremos, por lo cual estaremos persuadidos de que no tendremos necesidad, por entonces, de recibir los Santos Sacramentos; por esto será menester de que nos avisen de nuestro peligro los que nos asistan, y sucederá que ellos, al ver que no nos damos cuenta, diferirán el aviso para no asustarnos, y tal vez la muerte nos sorprenderá antes de que nos sean administrados los Sacramentos, o cuando no tengamos ya bastante conocimiento para recibirlos con pleno provecho. Por lo mismo, mientras vivimos y estamos sanos, hemos de tener el propósito de que, a la primera enfermedad, nos confesaremos inmediatamente después de las primeras visitas del médico, de conformidad con los decretos del Concilio de Letrán, bajo los Papas Inocencio III y San Pío V. Para confesarnos en casa, no se requiere licencia del médico, ni que la enfermedad sea peligrosa, lo cual tanto se entiende para los hombres como para las

mujeres, pues los decretos generales. ¡Cuántas veces la enfermedad no parece al principio peligrosa, y después se agrava de repente, privando al enfermo del uso del sentido!

Hagamos, además, el propósito de que, cuando veamos el médico nos visita con más frecuencia, que nos velan incluso de noche, y mucho más si se trata de tener alguna consulta acerca de nuestro mal, pediremos inmediatamente el Santo Viático, sin esperar que nadie nos lo sugiera, y hagamos también el propósito de pedir, una vez recibido el santo Viático, la extremaunción, que, como enseña S. Alfonso y Benedicto XIV, se puede administrar inmediatamente después del Viático, según la loable costumbre de muchos lugares. Referente a este punto, es deplorable que haya tanta ignorancia entre los médicos y también entre los demás, los cuales creen que la gravedad del mal, que es suficiente para poder dar al enfermo la Sagrada Comunión, sin que esté en ayunas, es decir, por Viático, no basta para que se le administre la Extremaunción; cosa deplorable, de lo cual proviene el que sean tantos los que mueren sin recibir este último sacramento. Hagamos el propósito dicho, y recordémoslo cuando llegue la ocasión de ponerlo en práctica.

De esta manera, si Dios, antes de morir, nos concede la gracia de tener tiempo para recibir los Santos Sacramentos, no ocurrirá que muramos privados de ellos, o que los recibamos con menos fruto. Así nuestra muerte será la mejor que pueda tener el cristiano, y San José recibirá gran contento de ello.

Finalmente, pidamos siempre a este gran Santo que quiera obtenernos la gracia de que nuestra muerte sea también santa, y pidámoselo por aquella muerte dulcísima y feliz que él tuvo, asistido de Jesús y de María.

Este es el fruto que debemos esperar y, casi me atrevería a decir, pretender, de la devoción a San José. ¿De qué nos aprovecharía todo lo restante de la vida, si, al fin, no hiciésemos una buena muerte? Si bien lo consideramos, ninguna cosa en el mundo puede verdaderamente interesarnos, si no es el de hacer una buena muerte, lo que equivale a conseguir el fin para el cual hemos sido creados por Dios. Una buena muerte, y sólo una buena muerte, pueden ponernos en posesión del Paraíso.

Amemos a San José, aspiremos a merecer la admisión en el número de sus más señalados devotos. De esta manera nos será asegurada una buena muerte, y no sólo una buena muerte, sino la mejor que pueda hacer el cristiano, que tal nos la obtendrá nuestro santo.

¡Oh San José, que hermosa muerte la vuestra! ¡A un lado Jesús, y al otro María! ¡Aquél, el Hijo unigénito de Dios, humillado hasta teneros en lugar de padre; ésta la esposa del Espíritu Santo, hecha también esposa vuestra, para que fueseis testigo y casi custodio de su virginidad! ¡Que dulce, que suave, que hermoso morir fue el vuestro, oh San José! Por la gracia que hizo dichosa vuestra muerte alcanzadnos que la nuestra sea bienaventurada con la gracia de Jesús, con la asistencia de María y bajo vuestro patrocinio.

INDICE

- I. ¿Quién es San José?
- II. ¿Quién es San José?
- III. ¿Quién es San José?
- IV. Si amamos a San José, honremos a María
- V. Si amamos a San José, amemos a Jesús
- VI. Si amamos a San José, acerquémonos con frecuencia a la Sagrada Comunión
- VII. Si amamos a San José amemos la castidad
- VIII. Amando a San José nos aseguramos una buena muerte